

DECLARACION FINAL DEL PRIMER ENCUENTRO POR LA SOBERANIA DE LOS PUEBLOS DE NUESTRA AMERICA

Los participantes en el 1er. Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, convocado por la Casa de las Américas y celebrado en la Habana del 4 al 7 de septiembre de 1981, hemos reafirmado el carácter indispensable de nuestras responsabilidades en estos momentos difíciles. A fin de darle continuidad a esta acción hemos considerado necesario crear un Comité Permanente integrado por personalidades representativas de nuestra cultura.

Ahora, cuando el gobierno de los Estados Unidos amenaza no sólo con reimplantar en nuestro continente la política anacrónica del garrote, sino que prepara sus armas para una nueva guerra de devastación mundial, los intelectuales de Nuestra América estamos obligados a extremar el compromiso con nuestro pueblos, y en especial con los que se están enfrentando con más heroísmo que recursos a la opresión inmemorial.

Hace tiempo que la nuestra dejó de ser una comarca abierta a los desafíos de los imperios metropolitanos. Los pueblos están conquistando ahora su derecho a la palabra, y a nosotros nos corresponde la muy alta responsabilidad de articularlo y defenderlo. El enemigo también lo sabe, y por ello ha puesto todo el poder de su imaginación represiva al servicio de una desalmada operación de genocidio cultural. Es éste el sentido de la sistemática campaña de tergiversación con que los monopolios imperiales, con el concurso de las oligarquías locales y sus propios medios de imposición informativa, están tratando de desnaturalizar la identidad cultural de nuestros países para facilitar su dominio. Frente a esta conjura, defendémos la verdad, la justicia y la belleza, y no de un modo abstracto, sino con la decisión y la lucidez con que lo exige y lo merece la personalidad original de nuestras naciones. Sólo el pleno ejercicio de su soberanía, que les permitirá por fin usar en su provecho propio sus riquezas inmensas y su potencialidad cultural, dará una base sólida y una válida razón de ser a nuestra cultura.

Con este espíritu creador saludamos la inminente soberanía de Belice, y nos comprometemos a que los intereses populares que la hicieron posible no sean desvirtuados por otros ajenos a su destino. También con este espíritu repudiamos del modo más enérgico el apoyo que la administración de los Estados Unidos está prestando a los regímenes más bárbaros del continente, y denunciarnos con indignación que los autores de los actos de terrorismo más atroces que se cometen en el mundo pretenden acusar de terroristas a los patriotas que luchan por la felicidad de sus pueblos, y por su identidad y su cultura, como es el caso en El Salvador y Guatemala, cuyos mejores hijos se han propuesto, al precio de muy duros sacrificios, conquistar para siempre su derecho a ser ellos mismos.

No son los designios de una maquinación internacional, como se trata de hacer creer, sino las condiciones internas de oscuridad y miserias a que los ha sometido durante años la opresión imperialista, lo que explica el incontenible aliento de liberación que hoy recorre a Nuestra América. La tramposa acusación de terroristas a los patriotas de estos pueblos tiene entre otros propósitos el de sancionar la intervención de los Estados Unidos, y prepararlos espíritus, mediante el aparato de propaganda más diabólico de la historia humana, para una agresión abierta contra Cuba, Nicaragua y Granada, e inclusive contra México, cuya política exterior independiente merece nuestro reconocimiento.

El imperialismo no es un hecho externo, ajeno a la esencia del subdesarrollo. Es explotación de nuestros recursos y de nuestros pueblos, intervención ilegal en nuestros asuntos internos, deudas exteriores enormes que hipotecan la soberanía nacional, inflación, control monopolista de la producción, de los mercados y los medios de información e intentos de dividirnos en un momento en que nuestra unidad es condición indispensable para hacerlos respetar. Eso lo saben desde la colonizada Puerto Rico hasta Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay, Uru-

guay, Haití, cuyos pueblos padecen el genocidio bajo tiranías militares, y lo saben también en los últimos enclaves coloniales que aún nos quedan en el Caribe.

Pero la actual política agresiva del imperio revela su debilidad y no su fuerza. El mundo de hoy no es el que ellos quisieran y por esto han fracasado en su intento de impedir por la fuerza que los pueblos se liberen, como lo demuestran las guerras que en los últimos tiempos el imperio ha desatado y perdido. Los pueblos empiezan a abrirse nuevos caminos y a reescribir su propia historia. La represión y la violencia no los detendrán.

Hemos venido de tierras muy diversas y nuestros puntos de vista no son unánimes. Pero estas diferencias están muy lejos de ser antagónicas, y son en cambio una prueba más de nuestra riqueza de creación. Prescindimos de nuestras divergencias secundarias, y proclamamos lo que tiene que unirnos en favor de los pueblos de Nuestra América.

Y no sólo de ellos. Desde nuestra trinchera de ideas, a la que dan carne y sangre millones de hombres y mujeres que aún no tienen acceso a la cultura, condenamos con energía la pavorosa carrera armamentista que está alcanzando límites de delirio, y en el rechazo a ella nos sumamos a todos los pueblos del planeta, incluyendo, por supuesto, al de los Estados Unidos, que dio pruebas tan admirables de valor y solidaridad cuando se opuso a la criminal agresión de su propio gobierno contra Viet Nam.

La decisión de fabricar la bomba de neutrones, significativamente anunciada el mismo día en que se conmemoraba un nuevo aniversario de Hiroshima, ha recrudecido el pesimismo de muchos sectores de la opinión pública internacional, no sólo en cuanto a las perspectivas de paz, sino en cuanto al destino mismo de la humanidad entera. Los intelectuales, los escritores, los artistas de Nuestra América, frente a este grave riesgo de holocausto, asumimos a plena conciencia nuestra oposición por la vida. No la abandonaremos al azar, sino que lucharemos con todas nuestras convicciones, con todas nuestras fuerzas, con las mejores reservas del espíritu para que la paz se imponga como la única victoria posible contra la muerte.

Ni la bomba de neutrones ni otro artefacto de aniquilación colectiva se disparan solos. Son los hombres quienes deciden su misión de muerte. Pero esos hombres, aún los que disponen de una posibilidad totalitaria de destrucción, pueden también ser contrariados por el clamor de los pueblos. Es ahora, pues, cuando la palabra y la imagen deben extremar su capacidad de persuasión, su poder de reclutamiento de las fuerzas creadoras, su lucidez para convencer y convencernos de que el exterminio del ser humano es evitable, y que puede y debe ser evitado con el poder invencible de la inteligencia.

